

# El aforismo o la formulación de la duda

Ricardo Martínez-Conde

De Lichtenberg, ese gran aforista (¿o habría que decir, quizás, moralista?; ¿tal vez esteta, un esteta vital? ¿No podrían ser éstos algunos de los alegatos adjetivados que se podrían esgrimir en favor del aforista, del solitario aforista?), se ha dicho muchas veces que, de hecho, carece de una obra literaria propia. He aquí sin embargo que, teniendo como único bagaje literario sus cuadernos de aforismos, puede decirse que ha aportado al mundo de la creación mayor peso específico y mayor influencia en sus contemporáneos como ningún otro había conseguido.

Es de advertir que no es el aforismo, *sensu stricto*, una obra literaria que se preste al juicio crítico al uso; sin embargo, en su brevedad, cada aforismo contiene sustancia para alimentar toda una obra literaria, todo un pensamiento metódico. Tal como nos ha querido recordar Sánchez Pascual, el aforismo no es sino una forma filosófica cuya rotundidad y autonomía sean el resultado del trabajo del pensamiento; por tal, no sólo representa un ejercicio de concentración, sino que va más allá en cuanto que en él están implícitos –y esta es una apreciación muy a tener en cuenta– «lo que se dice y lo que no se dice».

Y es que el aforismo es rigurosa y delicada artesanía del pensar.

Cuenta Rafael Cansinos-Assens en sus memorias<sup>1</sup> que, en ocasiones, interpelaban a un bohemio mugriento apellidado Cubero del siguiente modo:

– Pero tú ¿qué piensas? Para eso eres filósofo...

A lo que el interpelado respondía, con gravedad:

– ¡Yo!... Yo matizo.

Y he aquí –tal vez como no podía ser menos, tratándose de un bohemio de formación humanista, solitario y romántico, cual era el caso– que la respuesta estaba llena de enjundia.

No piensa, sino matiza, lo que equivale a decir que lo que él oferta es una respuesta ilustrada. Pero además, el exponerlo en contenido filosófico, pues a él le interpelan como tal, es como añadir un punto de valor a la respuesta.

<sup>1</sup> Rafael Cansinos-Assens: *La novela de un literato*, vol. 3 Alianza Tres, Madrid, 1995, p. 32.

Pues bien, tal anécdota no es en vano que pudiera servirnos para abordar una reflexión a propósito del aforismo, por cuanto en la «naturaleza» de éste, en su valoración más aquilatada, han de tenerse en cuenta necesariamente estos dos rasgos señalados: un valor de matización, de sugerencia aclaradora en la expresión, y un contenido filosófico en lo expuesto. Ello unido a lo que, como estructura formal, suele ser un rasgo común aceptado genéricamente para el aforismo: la brevedad.

\* \* \*

«En los orígenes –escribe Ruffinalto–, con la palabra aforismo (o bien aphorismo) se aludía a una breve sentencia apta para resumir ingeniosamente un saber científico, sobre todo médico o jurídico»<sup>2</sup> Y recuerda, al respecto, la consabida obra de Hipócrates, «Aforismos».

Comenta además, cómo desde la segunda mitad del siglo XVI aproximadamente (sobre todo por lo que concierne a España) el abanico semántico del término se hizo más amplio hasta abarcar otros ámbitos además de los mencionados, relacionándose en adelante «de modo genérico con la sabiduría humana en sus facetas didascálicas, doctrinales y morales, o sea que tomó sobre sí el significado de pensamiento, reflexión, generalmente breve y de carácter doctrinal»<sup>3</sup>

A ello aún añade el *Diccionario Histórico de la Lengua Española (DHLE)* otros significados afines tales como los de «Principio, regla personal de conducta»; «Máxima o sentencia moral», carácter éste que habría de tener una gran relevancia, sobre todo, en la acuñada tradición aforística francesa; «Lección moral, consejo»; «Explicación, razón». Definiciones extraídas todas ellas de varios autores de los siglos XVII a XX.

Al respecto es curioso comprobar cómo Cervantes resolvió para sí tal definición cuando, en su última novela (*Los trabajos de Persiles y Segismunda*) alude sencillamente a esas «sentencias sacadas de la misma verdad» sin apelar a más ornamentos descriptivos. Lo que no es poco decir. «No puede haber gracia donde no hay discreción», escribió, como ejemplo de tal aseveración; y también, «Las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo».<sup>4</sup>

\* \* \*

<sup>2</sup> Miguel de Cervantes: *Flor de aforismos peregrinos*, ed. de Aldo Ruffinalto, Edhasa, Barcelona, 1995, p. 9.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 132 y 172.

El aforismo ha gozado, y goza todavía, de gran predicamento a lo largo de la historia de la literatura, y resulta instructivo comprobar hasta qué punto, en el fondo, ha mantenido a expensas del transcurso del tiempo no sólo su valor de enjundiosa veracidad (¿tal vez, en algunos casos, únicamente insinuada?) sino, tal como viene marcado por el valor de su naturaleza de pensamiento, otorgándole un principio de transmisividad que lo hace apropiado y válido en todo tiempo. «Los pensamientos ajenos –escribe Guido Ceronetti– se vuelven míos con gran facilidad; los míos, cualquiera que así lo desee, puede hacerlos suyos, no importa cuál sea el estimulante, no necesita nombres; el pensamiento no dice ni tuyo ni mío»<sup>5</sup>.

Probablemente aquí resida la permanencia del aforismo: en su inmutabilidad como pensamiento; en su transmisividad como valor. De ahí su fundamentación cultural, que le ha permitido pervivir.

En tal sentido es oportuno señalar cómo ha sido Francia un país especialmente dotado para el cultivo de esta manifestación literaria, si bien no podemos ignorar –acaso porque no podría ser de otra manera, considerando el carácter sentensioso de nuestro pueblo– a España, y, desde luego, a cuanto la cultura germana ha ofrendado a este género; cada uno aportando, eso sí, matices propios que le distinguen y definen. Ello sin ignorar, como es obvio, otras tradiciones culturales que, en menor medida, cuentan también con una literatura aforística importante, cual es el caso de Inglaterra (he ahí el ejemplo señero de Wilde) o Italia, donde se continúa la tradición brillantemente con el citado Ceronetti.

Consideremos, no obstante, que, a sabiendas de que nos enfrentamos al estudio de un género (supuesto, aparente) sin reglas, la fundamentación de su «naturaleza» ha de apreciarse más certeramente tomando ejemplos de autores determinados donde el aforismo es un rasgo distintivo de su obra que no en aspectos de carácter general o nacional. Quiero decir con ello que la enseñanza última nos ha de venir más del análisis de los rasgos afines, de la valoración significativa de su contenido, que no de la posible respuesta a un canon genérico no explicitado aún, no existente. Por eso quizá valga la pena tomar en consideración a unos escritores concretos, de los que podremos obtener claridad y beneficio razonado.

\* \* \*

Carlos Pujol expone, por ejemplo, cómo Joubert ha llegado a sustanciar sus aforismos por exclusión espiritual: «De lo restante –dice– incluyéndose

<sup>5</sup> *Guido Ceronetti: Los pensamientos del té, Muchnik, Barcelona, 1994, pp 10-11.*

a sí mismo, desconfía, porque es incertidumbre, mudanza, errores humanos, equívocos y debilidades. ¿Qué le queda, pues? lo que no cambia ni puede cambiar, Dios»<sup>6</sup>. He aquí que Joubert representaría, entonces, la postura del humilde desengañado.

«Nous avons mal philosophé» escribió en 1799, y este «hemos filosofado mal» contiene «toda la pesadumbre, el desengaño y la amargura de fin de siglo»<sup>7</sup>. Él fue quien dejó escrito: «Lo bello es la belleza vista solamente con los ojos del alma» (p. 59); y, en otro pasaje: «Dios. Todos los demás seres se distinguen por su sombra, pero Él se distingue por su luz» (p. 58). Él fue, también, quien dio ejemplo de la expresión desnuda, escueta: «El genio de la brevedad». Esa es toda la extensión de uno de sus aforismos.

Otro caso bien distinto es el de Oscar Wilde. «Wilde —escribió Borges— dio a su siglo lo que su siglo pedía, “comédies larmoyantes” para los más, y arabescos verbales para los menos»<sup>8</sup>. Arabescos verbales, eso sí, que no sólo sirvieron para poner de manifiesto su penetrante genialidad sino que le han traído hasta hoy como uno de los ejemplos por excelencia del decir agudo y sustancioso: «Los libros que el mundo llama obscenos son libros que enseñan al mundo sus vergüenzas», o aquello de: «Vivimos en una época que lee demasiado para ser sabia, y piensa demasiado para ser hermosa»<sup>9</sup>.

Un genio con un cierto regusto trágico, paganizante, quizá porque «veía que los *nineties*, el más puro fin de siglo, lo volvía todo trágico. Ya no se trataba de idealizar o socializar. El tiempo pasaba y había que atrapararlo paganamente, como quería Fausto. Los idealistas morían de *delirium tremens* y la sociedad burguesa se negaba al gran mensaje terrestre de la paganía»<sup>10</sup>.

Precisa Luis Antonio de Villena: «A Oscar se le toleró el aforismo y el estilo, se le rieron esas frases agudas que daban, temblando, en el centro de la hipocresía»; claro que, «no eran sólo frases y retazos de escarlata, encomio de la paradoja, la libertad y el arte óptimo máximo». Era, en esencia, una manifestación inteligente y viva; mostrar el envés de una sociedad adormilada en sus propias ficciones, que él removi6 en busca de sinceridad (aunque en ello le arrastrase el escándalo), de una ética y una estética por encima de los cánones establecidos, y todo ello en favor del Arte con mayúscula, apoyando su denuncia en la literatura, «pues él encarnó la lite-

<sup>6</sup> Joseph Joubert: Pensamientos, ed. de Carlos Pujol, Edhasa, Barcelona, 1995, p. 17.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>8</sup> Oscar Wilde: Paradoja y Genio. Aforismos, Introducción de Luis Antonio de Villena, Edhasa, Barcelona, 1993.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 10.

ratura». «Todos estamos en la cuneta –escribió en *El abanico de Lady Windermere*– pero algunos miramos las estrellas».

\* \* \*

Es cierto que pudiera pensarse que el aforismo recibe últimamente –sobre todo por parte del lector, ya que no tanto por parte de los autores– una atención de la que hasta ahora no había gozado, pero también es cierto que, si bien escasas, el aforismo siempre tuvo la suerte de encontrar unas manos inteligentes que sostuviesen bien alta su luz en pro de la mejor literatura.

Tal vez, la atención más bien desvaída que se le prestó en el reciente pasado se debiese, al hecho de que, al no responder a un género-tipo dentro de los que se vinieron estableciendo como modelos en las manifestaciones literarias, no gozó por lo mismo de la atención que le hiciese relevante, otorgándole con ello la autonomía propia que merece dentro del panorama de las letras.

En tal sentido cabe resaltar lo que, con noble empeño, viene señalando el filósofo y poeta Rafael Argullol cuando sostiene que «contra los comportamientos estancos que recluyen en prisiones cerradas lo lírico o lo narrativo, la literatura pura o la literatura de ideas, hace ya bastantes años me declaré partidario de una “escritura transversal” que, a modo de travesía, navegara sin prejuicios por el mar de las formas para dejar constancia de los itinerarios artísticos que cada escritor fuera capaz de capturar»<sup>11</sup>. Y continúa: «naturalmente, el aforismo es un tipo de expresión que se adecua a la transversalidad literaria. Es, al mismo tiempo, poesía y pensamiento, narración e idea. Aparentemente hermético y enclaustrado en sí mismo, es, simultáneamente, escritura abierta, de paso, que vale un tejido siempre inacabado. El escritor de aforismos –concluye– va dejando señales en su camino, insinuando el rumbo pero velando la meta. Sus verdades son provisionales porque sabiamente renuncia a apropiarse de la verdad». Una argumentación que refrenda Eugenio Trías cuando viene a referirse al «A-forismo: pensar, decir y escribir en la paradoja y el misterio del límite de lenguaje y mundo»<sup>12</sup>. Bajo tales premisas, en efecto, podríamos encuadrar innumerables ejemplos de la literatura llegada hasta nosotros: desde Nietzsche a De la Rochefoucauld, desde Lichtenberg a Goethe, de Cioran a Canetti, de Gracián a Quevedo.

\* \* \*

<sup>11</sup> Ricardo Martínez-Conde: *Cuentas del tiempo, Introducción de Rafael Argullol, Pre-textos, Valencia, 1994, p. 7.*

<sup>12</sup> *Diario El País. Suplemento Babelia (18-VI-1994), p. 15.*